

APOLO

AÑO VI

Número 47

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -

APOLO acaba de entrar en el 6.^o año de existencia. Su Dirección no señala nuevos rumbos ni ofrece ningún imposible; ratifica, eso sí, sus ideas de siempre y su personalismo de siempre

Poetisas Uruguayas



DELMIRA AGUSTINI

MONTEVIDEU

ENERO DE 1911

Biblioteca Renacimiento

(Obras recomendadas por "Apolo")

La Guarida (novela), por José Francés.

LA GUARIDA es una obra atreví-dísima que representa en la bri-lante carrera literaria de José Francés, si no el punto culminan-te, el momento inicial de un na-turalismo fuerte y sano frente á la erótica decadencia que hoy in-forma casi todas las novelas con-temporáneas.

Anticipándose á los juicios pos-teriores, el autor ha puesto á LA GUARIDA un prólogo valiente y simpático, del cual sacamos los si-guentes párrafos, que expresan mejor que nada y que nadie lo que es LA GUARIDA y lo que se propuso Francés al escribirla:

«Yo he querido reflejar en mi novela el ambiente canalresco de las casas de citas, como una de las manifestaciones crueles y odio-sas de toda gran ciudad.

«En este propósito no he vacila-de ante ningún sincerismo ni ante ninguna antipatía. Castamente la he escrito y puedo jurar que ni un sólo momento se me ocurrió que LA GUARIDA causase perverso de-leite de anciano ó de muchachuelo.

«Estoy seguro de que así lo en-tenderá quien me lea y el mismo dolor que me impulsó á escribir esta obra de hollín, de vicio y de sangre, lo sentirán los hombres de buena voluntad, y sobre todo las mujeres por cuya dignificación late un amargo y fervoroso entu-siasmo desde la primera hasta la última página de LA GUARIDA.»

LA GUARIDA está llamada á ob-tener un éxito brillante de públ-i-co y de crítica.

La Boca de la Esfinge (Motivos de filosofía y de sentimiento), por WALDO A. INSÚA.

La Biblioteca Renacimiento aca-ba de publicar este interesantísimo libro del castizo escritor Waldo A. Insúa, libro de ensayos fi-losóficos sobre cuestiones siempre palpitantes como el matrimonio, el honor, la religión, el amor, la cuestión feminista, etc. LA BOCA DE LA ESFINGE es libro profundo y ameno al mismo tiempo. Escrito en un castellano limpio y sobrio, sobre la base de una fuerte cultura histórica y sociológica y con una sorprendente variedad de puntos de vista, este libro de Waldo A. Insúa enseña y emociona, subyuga como obra literaria y levanta energías como obra reno-vadora.

Es un libro lleno de verdades amargas, es uno de esos libros principalmente negativos que tan-ta falta hacen en España. Algunos capítulos son de una grave valentía y otros de un cruel pesi-mismo; pero todos son amenos, agudos y correctos. Es, en fin, li-bro de ideas avanzadas y de ideas conservadoras á la vez, porque, inspirado en la vida y escrito por un pensador ecuánime, no podía ser de otro modo. Es un libro in-dependiente y es digno de figurar en las Bibliotecas, por su carácter y su nobleza, al lado de libros de Montaigne, de Henry George y de Emerson. La edición es bellí-sima.

(Boletín Bibliográfico).



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI

Montevideo, Enero de 1911

N.º 47

Solidaridad 67.580

(1.^a página del próximo libro)

Para APOLLO

Alondra, ¡vamos á cantar!
Cascada, vamos á saltar!
Riachuelo, ¡vamos á correr!
Diamante, ¡vamos á brillar!
Águila, ¡vamos á volar!
Aurora, ¡vamos á nacer!

¡á cantar!
¡á saltar!
¡á correr!
¡á brillar!
¡á volar!
¡á nacer!



AMADO NERVO

Amado Nervo

LITERATURA Y FILOSOFIA

“La muerte del Gisne”, por Carlos Reyles

El conticinio, que tanto hiciera soñar á mi adolescencia ahita de dolores y desesperanzas y acaso llena de austeridad, exacerbó aquella vez la acritud de mis ideas y sorprendió mi gesto ante el cruel enigma de la vida.

Y hablé entonces conmigo mismo:

Poeta, por cima de tus ensueños, de tus estrofas y tus gallardías líricas que tantas satisfacciones te deparan al par que anegan á tu ánimo en dulces bienestar, es menester que agites el barapo de tu vida, único y verdadero laurel que resistirá las inclemencias del tiempo. Subordina á la entidad moral que hay en ti tu entidad intelectual; vé al combate, fuerte y voluntarioso, no en pos de ese triunfo efímero que conquistan, arrastrándose, los gusanos, sino de ese otro sólido y perdurable que logra el carácter del hombre sincero opuesto al culto de la lisonja y en pugna con la hipocresía. Sé hombre, luego artista. La norma de tu juventud supone grandes torturas y sacrificios inenarrables. Pero, acaso un día, pregone á todos los vientos tu verbo demoledor la realización de tus sueños. Porque, no obstante el idealismo que todavía profesas, para ti vale más el luchador que el artista. Y, á medida que esa apreciación se fortalece con la experiencia, tu vida de soñador se va materializando.

Y he aquí que LA MUERTE DEL CISNE me ha traído el soplo de aquellas palabras y me ha hecho meditar...

Carlos Reyles, un formidable

temperamento y un pensador vigoroso, sustenta en su bello libro la necesidad de la fuerza y la virtuosidad del oro como eficiente de energía y voluntad. En los ambientes extraños (huelga citar el nuestro lleno de almas débiles y menesterosas) sus ideas filosóficas habrán producido profundo desagrado. Porque si bien es cierto que aquí y allá son muchos los que las practican con íntimo regocijo, no es menos cierto, igualmente, que pocos, muy pocos, tienen la valentía de expresarlas altamente.

Idealista es el poeta bueno ó mediocre que flirtea en las avenidas á la caída de la tarde; los neófitos de la política con ambiciones presupuestivas son idealistas también, y, como ellos, la mayoría de los intelectuales y periodistas pusilánimes. Y esos señores de idealismo-blasonado creen que el idealismo supone ineptitud para la lucha ó carencia de energía vital y generales conocimientos. Ese es su error. Porque, dada la vida vertiginosa que hoy se vive y dejando de lado ciertas circunstancias de malestar y apremio: ¿quién puede prescindir de las cosas materiales encastillándose en su torre de idealismo y negando idealidad á cuantos sostienen alto, muy alto, el gonfalón de sus convicciones? Los serviles y los apóstatas pueden prescindir de ellas, pero, ¿y su idealismo: consiste precisamente en su servidumbre y apostasía? A tal precio el idealismo se materializa.

Desde el punto de vista meramente humano que es, á mi juicio, el más trascendental de toda obra filosófica, la doctrina de Car-

los Reyles, llámese materialismo ó como quiera, significa el triunfo de la vida por vías de voluntad y medios nobilísimos. Esas vías y estos medios, simpáticos para la gente laboriosa que los alcanza á fuerza de perseverancia, son detestados por casi todos los intelectuales que prefieren curvarse hasta el suelo para triunfar. Por eso LA MUERTE DEL CISNE, mejor dicho, su sentido, cosechará pocas laos en los cenáculos literarios, aun en aquellos donde se piensa profundamente y se tiene un amplio concepto de la ley de humanidad.

Muchas é interesantes reflexiones me ha sugerido la lectura de ese libro renovador de energías. Que el oro es un estímulo para el desarrollo de la voluntad y ésta un factor importantísimo de independencia y un broquel de la ética individualista para las almas cerradas á las zalemas del vulgo, eso es indiscutible. Mas acontece que la juventud de hoy, lejos de cultivar la voluntad con el cuotidiano esfuerzo, somete su conciencia á cualquier advenedizo que la trata con aire de protector y ofrécele comodidades á trueque de tal sacrificio.

No se atribuyan á mis palabras el elogio de un materialismo que no profeso. Hoy no existen espirituales puros ni materialistas netos. Porque así como en todo espiritualista hay mucho de materialismo, si se quiere inconsciente y por lo tanto inevitable, así también en el fondo del más empoderado materialista echa raíces el árbol del espíritu y el idealismo se manifiesta.

En puridad, yo niego la existencia de ideas filosóficas definitivas. Y amo las ideas en constante evolución, que reflejan exactamente cada ciclo de la vida.

Tengo para mí que LA MUERTE DEL CISNE refleja un período de la vida de Carlos Reyles. Es éste un hombre de acción cuya palabra persuasiva, sin hipérboles ni vanos ornatos, os cautiva fácilmente. Su personalidad está expuesta en ese libro tal como es, sin haber pasado previamente por el tamiz de la fantasía que hace simpático casi siempre á los ojos de los lectores el gesto del escritor. Esa sinceridad, unida á un gran bagaje ideológico poco común en nuestros coetáneos, hace de LA MUERTE DEL CISNE una obra de verdadero apóstol, saludable para la juventud que acaso siga otros rumbos más penosos pero más acertados si interpreta sus grandes ideas y su loa á la vida intensa hecha más que de ensueño, de realidad.

Insuperable por su matizado léxico y gravedad arquitectónica, la prosa de Carlos Reyles, trascendiendo á clasicismo, tiene, sin embargo, como sello original, el vigor de una personalidad de maestro y la savia ubérrima de un estilo que es *rara avis* en la literatura americana llena de culteranismo y efectos de pirotecnia. El autor de LA MUERTE DEL CISNE no incurre en el craso error de nuestros contemporáneos que cultivan la forma en detrimento del sentido. Es su obra un conglomerado de ideas sólidas, no de palabras ni sofismas decorativos. El pone todo vocablo al servicio de su pensamiento y sin torturarse como otros en pulir una oración y cincelar un párrafo con exagerada solicitud que conduce á torpes alambicamientos, su prosa varia y útil, rica en giros y expresiones múltiples, es límpido cristal que se desliza serena y harmóniosamente.

PÉREZ Y CURIS.

El cantar del ciego

Para APOLO.

Sentado en el suelo,
al pie de los álamos,
allí donde forma
el río un remanso,
á los peregrinos
tendidas las manos,
canta el pobre ciego.

Tan triste es su canto
que hasta las doncellas
detienen el paso;
y á sus labios secos
acercan el cántaro...

Y algunas se alejan,
con los ojos bajos,
en los delantales
ocultando el llanto.

El ciego cantaba
al pie de los álamos:

—Por ver á la Reina
desnuda en el baño,
con hierros candentes
mis ojos saltaron!...»

Resonando esquillas
pasan los rebaños;
y hasta los corderos
le lamen las manos
y en ellas le dejan
sus vellones blancos.

El ciego cantaba
al pie de los álamos...

F. VILLAESPESA.

BARCAROLA

Para APOLO.

Por la calle de rosales
Que da á la costa del mar,
Toda vestida de blanco
Ella me viene á esperar.

Es su pañuelo de seda
Como ala de garza real,
Cuando dibuja un saludo
En su vuelo angelical...

Playera de mi cariño,
Tiene mi barea un timón,
Que es como un pétalo enor-
[me]
Y que es como un corazón.

Pienso que tu cabello
Floreciente de esplendor,

Bien puede ser vela de oro
Para una barea de amor.

Los marineros azules
Salen con rumbo á la mar,
Pero en las costas quedan
Las que saben esperar.

Los marineros azules
Mojados retornarán,
Y con sus cabellos de oro
Las novias los secarán.

Si á mi ropa azul la mojan
O las lágrimas ó el mar,
Yo la tenderé á secarse
Bajo el sol de tu mirar.

Guzmán PAPINI.

Las Rosas del Solar

Para APOLO.

Florece en el estrado de la vieja casona,
(donde cada mañana mi ruiſeñor entona
evocando tu imagen el oro de una loanza
como mística nota de mi sola esperanza)
pleno de blancas rosas con florido rosal,
con que he de hacer, Señora, tu corona nupcial.

Yo cuido en el estrado las rosas del rosal,
tesoro que en mis arcas es mi único caudal,
son rosas que me dicen de la edad romancesca,
cuando era conquistada la Dama en una gresca,
edad que retornare porque el Amor requiere
el triunfo con la Vida, que Amor sin Vida muere . . .

Amor sin vida muere . . . Fable que está roída
de tanto repetirse, de vieja y de sabida;
y do quiera que andare, poeta ó caballero,
en el chacó prendida la arrastro.— Es el plumero
con que en la lid sostengo la flor de mi estandarte,
que en vano no he jurado fidelidad al arte.

Te espero en el estrado como espera á la aurora
en las ramas del ceibo la calandria canora,
para ungir con su canto la luz de un nuevo día . . .
que también yo te quiero ungir mi poësía,
ya que saben mis versos de todos mis amores
que están llenos de penas y destilan dolores . . .

¡Oh, Señora, que tú eres del alma y corazón
si tuyo es hasta el ritmo que fluye en mi canción!

Emilio TRÍAS DU PRÉ.



LUIS ROBERTO BOZA

Los hijos

Para APOLÓ.

I

Una sala pobemente amueblada.— En el centro, una mesa y dos sillas; sobre la primera, una lámpara de poca luz.—Es de noche...

ESCENA 1.^a

(MARÍA, de 10 años, de codos sobre la mesa, hojea algunos libros de estudio; después de leer un rato, avanza hacia el centro:)

MARÍA.—¡Qué cansada estoy! He estudiado mucho ya;... Como mañana es día de fiesta, dejaré de hacerlo, para ir á Misa con mi mamá...

(Quédase por un momento pensativa)... Ah! Lo recuerdo sólo ahora! Esta noche es de Pascua... la noche en que Jesús nace en un pesebre... Pero... (vuelve á detenerse) ¡qué distinta es esta Noche Buena á la de otros años! Antes, mi papá nos sacaba á la Alameda, comprábamos juguetes y confites... ¿Y ahora? ¡todo ha cambiado!

(Con desaliento y pena).—Pausa. Yo no sé lo que ha pasado. Debe ser algo muy grave, muy enorme... Un día, sobre la alfombra del salón, encontró mi papá una carta, una carta con sobre azul, cuya letra, según lo escuché, era de don Alberto, aquel caballero

que tantos besos me daba, á escondidas de todos, y que tenía tan hermosas patillas rubias y ojos azules... Y entonces... (mira hacia un extremo, con espanto:) se encerraron en el dormitorio, dejándome sola en la pieza... Senti la voz de papá, enojado... ¡muy enojado! (Con misterio después de una pausa): Yo, muy despacio, miré por la abertura de la llave... y me puse á llorar. Estaba mi papá...—¿lo creeréis, Dios mío?—estaba... pegando así... (levanta sus brazos, como una amenaza:) sobre la cabeza, á mi mamá...

Oh! Lloraba yo, cuando se abre la puerta y sale mi papá, como un loco... ¡Papá! (fuerte:) le llamé yo, tendiéndole los brazos.. Me empujó con rabia, hacia un lado, y cuando, me abracé, sollozando, á sus rodillas, él me apartó bruscamente, diciéndome: (con intención:) «Nó! Tú no eres hija mía!»—y salió á la calle, en un coche...

Corré donde mamá, y la encontré en el suelo, blanca como una muerta... Me arrodillé á su lado, llorando, besándole las manos heladas, arreglándole el cabello despeinado, y llamándola al oido, quedamente, temiendo despertarla... (con cariño:) «Mamá, mamacita, aquí está tu María, tu pobre María! (con ternura y dolor:) Mamá... yo no quiero que te mueras, mamá... te lo suplico...

(Pausa.—Se pasea pensativa, cruzadas las manos sobre el pecho; luego se detiene:) Ahora vivimos aquí. Mi mamá dícame que papá viaja lejos, muy lejos... Yo no quiero preguntarle cuándo volverá; no sé por qué me imagino affigirla con ello... (Pausa.—Reflexionando:) Y es por ésto que ahora no tengo dulces, muñecas, ni vestidos blancos, ni botines de charol... ¡hasta que vuelva papá!

(Se detiene, con misterio:) Pero yo le ví un día, al dirigirme al colegio. Estaba muy elegante, con guantes y

flores en el ojal, acompañado de mujeres muy bonitas, rubias, con vestidos claros y sombrillas con muchos encajes... Pero, ni me miró. ¿Por qué, Dios mío? ¡Y yo que le quiero tanto! Así es que ahora vivo sola, con mis libros... Mamá sale á coser todos los días, y en la noche llega sólo á llorar... ¡Pobre mamá! (con tristeza:) Yo no quiero verla tan affigida; la abrazó, besó su frente, sus cabellos que ahora se ponen blancos, y ella, estrechándose contra su pecho, me dice entre sollozos: «Hijita... ¡qué fatales somos!» Y cuando le pregunto el por qué, ella calla, asustada. ¡Porque Dios así lo quiere! Sin embargo, Dios es bueno. Así me lo dice el Curia y me lo enseñan en el colegio... ¿Y cómo entonces permite que papá nos abandone y mamá sufra?

Varias veces ha venido á visitarnos don Alberto. Yo no sé por qué le odio. ¿Qué cosas malas diría en aquella horrorosa carta? No quiero ni verle, y huyo para que no me bese... (con cansancio.—Pausa.) En fin... Hoy es Noche-Buena... ¡Y qué hora será? (Se asoma á la ventana:) Debe ser muy tarde ya...

(Vuelve hacia la mesa, y cierra el libro abierto:) Tengo sueño... Voy á dormir... ¡hasta luego!

(Se va.—Música lejana...)

II

ESCENA II

La misma sala.—Amanece.—Entre MARÍA, envuelta en una capa, y se sienta, fatigada, en una silla.—A veces, un calofrío la hace estremecer.—Muy lejos, suenan algunas campanas.

MARÍA.—Son más de las doce... Mi mamá fuese á Misa á la Parroquia. Debe estar muy linda la Alameda... ¡cuántas flores y juguetes! ¡Cuántas amiguitas de antes, de esas que aho-

ra no me saludan y me miran burlándose de la pobreza de mi vestido! Oh! (Una granada de cohetes suena cercana:) ¡me he asustado!

¡Qué bonitos deben estar los paseos, el Cerro, la Plaza, en donde pasábamos la Noche-Buena, otros años, comiendo frutas y tomando helados, yo, m: papá y mamá... Sí, qué lindos! Voy á ver el cielo adornado ahora con las culebritas de oro de los fuegos artificiales, de los voladores que retumban y que tanto susto me causan.

(Se acerca á la ventana.—Luego, entusiasmada:) (

¡Qué luz se divisa allá, allá!... Parece un remolino de fuego, como un Vesubio ardiendo, como esos volcanes que cuelgan de los muros de mi clase... ¡Qué bello es ésto, Dios mío! (Quédase mirando, absorta, por un momento. Un estremecimiento la hace cerrar la ventana, y volver á sentarse.) Hace frío...

(Pausa.—Pensando, fijando sus ojos en el vacío:) Es triste la vida de los pobres. Debe ser como un castigo, puesto que todos nos miran por lo bajo, nos examinan y nos desprecian, como se examina y se desprecia una cosa sin valor y que molesta. Ahora que yo no tengo trajes de seda ni botines blancos, ahora... ¡hasta el Niño-Jesús parece olvidarse de mí! Mi mamá, al preguntarle si encontraría el árbol de Pascua en nuestra pieza, si el Niño-Dios me dejaría, como antes colgando de sus ramas, muñecas y cucuruchos de pastillas, me ha dicho que á los pobres no les quiere nadie... Así debe ser...

(Se queda pensando:) ¡Acaso seré yo la mala? Pero... ¿por qué? Yo estudio y obedezco; yo no pido lujosos trajes á mi mamá... ¡Por qué puedo ser mala, entonces?...

(Pausa.—Con un dejo de amargura cruza los brazos sobre la mesa, apoyando sobre ellos su cabeza fatiga-

da:) ¡Y yo que no he querido dormir, porque creía en la misericordia del Niño-Jesús para con los pobres!

(Larga pausa:) —Tengo sueño... sueño tengo, oh, Dios mío!...

(Duérmete.—A veces, como dominada por una pesadilla, estremécese, y sus manos se crispan ante la visión d: algo que la amedrenta.—La lámpara se apaga, y por los vidrios de la ventana el amanecer del día baña la pieza con su suave luz...—A ratos suspiran las notas de un piano.)

MARÍA. — (Como delirando:) Ah! Oís ese carroaje que se acerca? ¿Viene en él mi padre, que me lo envía el niño-Dios, para que me quiera y bese como antes... (Suspira) Y á mi mamá también, que tan bella la espero, con ese blanco traje de novia y esa corona de azahares, con que está en el retrato que ahora yace en un rincón de la pieza, oculto bajo un crespón de luto... Sí... ¡están juntos! ¡Cómo ahora, bajo sus rodillas, vuelvo á jugar á «las escondidas», mientras mi padre toma á mi mamá las manos, mirándome amorosamente! Están juntos! qué bellos son! Ved mis juguetes, mi muñeca... mirad los dulces de ese cucuricho de seda... Y mi vestido blanco, mi lazo blanco, mis zapatos blancos... tan blancos...

(Pausa.—MARÍA, en la sobreexcitación del sueño, enderezase, y con los ojos entornados y los brazos extendidos, parece implorar, llamar á un espíritu invisible:)

Papá! ¡papá mío! Cuánto has tardado en volver de tu largo viaje! Ven, ven á besarme, en la frente, mientras tanto yo te contaré lo que hemos llorado cuando nos abandonaste... Ahora ya no te irás más... nunca más... ¡verdad, padre mío— Bésame aquí, en la frente... ¡tengo tanto frío! (Se estremece.) Ya no lloraré más, pues tú no nos abandonarás otra vez... ¡Si supieras lo que mamá ha sufrido! Si supieras, padre mío, que

pálida está y qué blancos están ahora sus cabellos! Si supieras que el espacio será poco para llenarlo con la lágrimas que ha llorado! Quiérela como antes, bésala como antes, mira sus manos magulladas por la aguja, mira sus pies heridos por el cansancio: No la abandones, olvida esa horroiosa carta, que ella que es tan buena, no pudo leer jamás!... (Corta pausa. Luego, jadeante:) ¿Qué...? ¿Te pones serio otra vez...? ¿Acaso te disgustan mis palabras...? ¿No deseas que te hable de... ésto? Bien... Pero sonríe... Vuelve á ser cariñoso con ella... ¡ha sufrido tanto la pobre! Tráele, como en otros tiempos, dulces del Club... Amala... consuélala... ¿Lo harás así, padre mío?...

(Pausa.—Suspirando ansiosamente:) Oh! Si era imposible dudarlo! Si eres tan bueno, tan noble, padre mío! Y yo no seré tan pobre, con este vestido de percal, del que tanto se burlan mis amigas! ¡Qué contenta estaré!

(Sorprendida. Luego, con terror:) Pero... ¿qué buscas...? ¿Qué es eso...? ¡Pios mío...! ¡Un revólver...! ¿Qué haces? ¡Responde! (Con angustia, suspirando largamente) Ah, Dios mío! Arroja eso, que me espanta! Sí, así, ven... sonríe... Ven... dame un beso, un beso largo... muy largo...

(Temblorosa, levántase, despertando como de una pesadilla.—La voz de

una campana suena, desde muy lejos:)—Ah!...

(Pásase las afiebradas manos por los ojos, por las sienes, y avanza unos cuantos pasos, vacilante, como al desmayar:) Ah! ¿En dónde estás? ¿Dónde, padre mío?... ¿Por qué no me escuchas...?

(Se detiene.—Con sus cabellos rubios en desorden, sus manos sobre las sienes, demuestra la mayor fiebre. Dando pasos cortos, como al caer, y extendiendo sus brazos, en el vacío:) —Ven! aquí está mi frente! Ven, ven, aquí está mi madre! ¿Por qué no me escuchas...? ¿Acaso te has olvidado de nosotras, padre mío?...

(Como en éxtasis, sonrie, extendidos sus brazos como si abrazara una sombra.—Luego, pásase las manos por los ojos, volviendo á la realidad.)—Todo es mentira! (cae desmayada.)

(Lejana y suave melodía escucharse. Sobre el cuerpo de María en desmayo, van cayendo, desde el cielo, una á una, albas rosas... De pronto, iluminase el faro, y aparece un angel desparpamando flores; arrodillase junto á María, y sobre su cabeza dolorosa coloca blanca corona de rosas.—Dos palomas arrancan desde el centro.)

(El telón cae, lentamente...)

LUIS ROBERTO BOZA.

Tedio

... Y al ver un pino quisiera ser una planta rastrera;
pero en el acto presiento que puede — ¡oh grato destino!

pisarme cualquier jumento,
mientras sufre el alto pino
las injusticias del viento.

LUIS C. LÓPEZ.

Del libro "El Harem de las Fiebres"

*Al poeta galante y aristocrático
Carlos María de Vallejo.*

Para APOLÓ.

LOS KALIFAS

Cual broncee argentadizo sus elásicos perfiles
Destacan del fez blanco y el gran handó africano;
Son los Kalifas tristes que, en un sopor malsano,
Se estiran como enormes y trágicos reptiles.

Viven hartos de oro, tienen miles y miles
De brocados soberbios, trabajados á mano,
Adormecen sus sueños, en un gesto pagano,
Con vahos de eicutas, opios y perejiles.

Y sobre almohadas ledas de tintas carminosas,
Entre ánforas y mantas, y «narghilés» y rosas
Contemplan sus esclavas, pardas, luengas, delgadas...

Son las Venus de barro, son las Venus de Oriente,
Cuyas earnes marrones, fuertemente sombreadas,
Expandan un aroma penetrante y caliente.

SALOMÉ

Reeamada de joyas y un fez sobre la innata
Ondulación morena de su cabeza irónica,
Salomé, con sus curvas de exuberancia armónica,
Desnuda está en el Pórtico, sobre ánforas de plata.

Oculta de sus labios la indiferencia erónica
Bajo el carmíneo tinte que los hace escarlata,
Y hay en sus ojos tanta sensualidad, que mata
Con la expresión lasciva de su mirada agónica.

Recuerda el harem lúbrico donde danzó hace poco
Y el gesto de su Herodes, convulsamente loco,
Besándole los brazos tibios y perfumados.

Recuerda la efieacia de sus ritmos obscenos,
Y muerde una granada cuyos granos morados
Parecen los rubíes sangrientos de sus senos.

Pablo MINELLI GONZÁLEZ.

El Año que Muere

Para APOLO.

Yo no sé si alabarte viejo año canoso,
que amortajan las horas de Diciembre maduro,
ó legarte con ceño de amargura, un conjuro
por tus días ya muertos, de amor pecaminoso.

La nieve, á tus cabellos robó aquel brillo hermoso
que en tu Enero lejano, traías con tan puro
dorado de manzanas, y hoy á tu rostro impuro
le faltan los hechizos de su vigor sabroso.

Mi juventud radiosa, tiene horror á los muertos;
espantada se aparta de los fuegos inciertos.
Mis ojos que penetran en tu reloj de arena,

han contado los granos, y saben que te alejas,
llevando en tus alforjas, esperanzas muy viejas,
después de haber sembrado el amor y la pena.

El Año que Nace

Niño hermoso que llegas en nombre del Destino,
(con los ojos vendados por un sendero extraño),
á dirigir los doce carros de oro del Año,
procura que ninguno se rompa en tu camino.

Sé pródigo en la siembra del amor, y del vino,
sumérgete á los espíritus en un profundo baño
suavizando la vida del paciente rebaño
que, idiota se consume sin un goce divino.

Inspírate en la santa madre Naturaleza,
diapasonando tu alma con la de su belleza,
porque la Primavera se disfruta una vez;

que así, cuando agonice en Diciembre, tu vida,
hallarás una mano que restafe tu herida,
y unos labios que recen por tu cifra, después...

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Montevideo.

De "El poema de los besos"

Baladas de los estados de alma

IV

¡Oh, pesimismo!
Ya no me atras tu canción; en vano
Cantas lánguidamente en el imperio
De mis quimeras y mis entusiasmos.

Cautivaste mi triste adolescencia,
Y si contigo se agotó mi llanto,
¿Cómo vienes á mí con un arrullo
Y un soplo de perfume entre los labios?

Vete, intruso; no tengo ni una lágrima
Que evoque ahora tu canción de antaño.

Cultivo la tristeza
De mis jardines íntimos y el árbol
Ingenuo de mi hogar cuyos retoños
Medran al cuidado de mis blandas manos.

El perfume que traes
Ya no me hará tu esclavo;
I Es aquél mismo capitoso aroma
Que exacerbara mi dolor lejano!

Vete, intruso; no quiero
Abrevar en el cáliz de tus labios.

V

En la floresta su oro
Difunde la mañana,
La flora su perfume,
Sus hálitos el aura
Y las aves sus tiernas
Melodias tempranas.

¡Qué explosión de alegrías
Siento ahora en el ánima!
Tanta dulzura
Volverá á conmoverme otra mañana.

Encantos matinales:
¿Quién os trajo en el halda?
(¿Primavera?) De nuevo
Me remozáis el alma.

Porque fuisteis ungidos
De todas las fragancias,
Loando vuestra gloria
El soñador se exalta,
Se regocija el golfo
Y alborozan los parias.

En la mañana adolescente adoro
El paisaje que canta;
Poesía es el alma del paisaje
Y es toda ella jubilosa y cándida.

Un joyante reflejo
De sol sobre los álamos de plata,
Un gorgorito de ave
Y un murmurio del agua:
Todo tiene un poema
Para las almas.

¡Qué explosión de alegrías
Siento ahora en el ánima!

¡Oh, amor! ¡Oh, poesía!
¿Quién os trajo en el halda
¿Primavera?

De nuevo en la floresta
Difunde su oro la idéal mañana
Y el soñador acoge
Vuestra fragancia,
Vuestras tonalidades
Y vuestras cántigas.

Tanta dulzura
Volverá a conmoverme otra mañana.

PÉREZ y CURIS.

Galería de poetas jóvenes



JOSÉ VIAÑA

Férrea Grecia

« Y Tirteo inmortal á sus ciudades
Condujo á la pelea ».

Paz NOVOA.

Para APOLO.

Un día, fué en la Grecia, de bravos patrimonio — era la patria un culto — era la sangre abono — que fecundaba el campo — del espartano sobrio, — del ateniense pulcro — y el fiero macedonio. La edad viril, en que, luchando, hicieran — temblar la nota tierra — helenos valerosos.

Era la lira, Orfeo; — el sacrificio, Codro; — y la canción guerrera, — Tirteo, el poeta cojo. Era el saber, Pericles, — que dióle « Siglo de Oro »; — era el Eurotas temple — de cuerpos vigorosos. — Espléndida, sublime edad aquella — en que encendió su tea — un numen valeroso.

La Delpha pitonisa, — convulsa, airado el rostro, — desde su áureo trípode, — lanza anatema fosco: « El vil aquel que es siervo. Ilota, dice: oprobio ». Y al moto vasallante — de oráculo famoso — se vió vencer en Marathón, Platea, — y Micale y Arbelas — al griego valeroso.

Así es que lucha y vence — el pueblo belicoso — que al déspota castiga — con el puñal de Harmodio, — y mueve hasta el Oriente — su paso victorioso — venciendo en el Hidaspo — al bárbaro rey Poro; — y así es que vence en Gránico á los persas — el hijo del que fuera — Filipo valeroso.

No, no está en los blandos — y regalados ocios — de Cápua, ni en los muelles — dulces afectos mórbidos — de Sibaris la meta — del ánimo glorioso; — sino en las cosas grandes — y en los férreos propósitos — y en caer con honor, como cayera — en defensa de Tebas — Brasidas valeroso.

Las Pilas de las Termas — de aliento sulfuroso — junto del mar Eubeo — cuyo oleaje ronco — aun llora á los caídos — con ecos sonoros, — la hazaña presenciaron — del espartano arrojo — dando á Leonidas una gloria eterna — y la traición condenan — de Efiates oprobioso. — Sacrificar la vida — por el común de todos — fué cosa de otros tiempos, llamados: « Los Heroicos » —

como en la férrea Grecia de los lacedemonios — como un Epaminondas, que de la herida roto — arranca el dardo que su pecho abriera — muriendo en Mantinea — caudi-
llo valeroso.

En los modernos tiempos — de fácil acomodo, — guerreros sin estirpe — dobléganse ante el dolo, — las lanzas, el escudo — cubiertos van de lodo; — buscar la dura lucha — no he visto ni uno solo, — ni hacer propia justicia, cual lo hiciera — en sí, cabe á Minerva — Pausánnias valeroso.

Del llano Esthenyclaros — aun vibra el eco bronco — hasta las altas cimas — del Taigeto rocoso — con cantos de victoria — que son himnos sonoros — al héroe á quien salvara — en su caverna un zorro; — al rudo Aristodemo que le diera, á la infeliz Mesenia el triunfo, valeroso.

Ah! Los femíneos hombres — con espantados ojos — ven blandir á los déspotas — el látigo oprobioso. De Libertad mendigos, — de insano espanto beodos, — sin hálitos que venzan — terrores vergonzosos: — ¡No saben que del barro de la gleba — se alzan, si se sublevan; — Mesenios valerosos!

ADRIANO M. AGUIAR.

• • •

Tarjetas postales

Lo que en verso me ha pedido
la dueña de esta tarjeta
quisiera darlo el poeta
de palabra... y al oído.
Mas como el caso es fatal,
renuncio á tanta fortuna
y sobre un rayo de luna
te mando mi madrigal.

Página blanca que esperas
la caricia de la pluma,
para que tú nunca mueras
como un castillo de espuma,
pide á la sentimental
á quien estás destinada
la gloria de una mirada
y así serás inmortal.

Marius Ugarte

Gotas de tinta

Para APOLÓ.

En Sardanápolis, importante ciudad comercial, las costumbres, la moral y la educación son casi iguales que en nuestras ciudades, y digo casi, porque se diferencian en algo, en eso que por aquí se llama pudor.

Sus habitantes, mujeres y hombres, no se cuidan mucho, que digamos, en que se vean tanto ó cuanto de sus carnes, tal vez obedezca esta despreocupación, á la excesiva tendencia de mercar que á todos domina.

Eso explica que le fuera permitido á Eucarides Ogrami, uno de sus habitantes que para enseñar á pensar según él, se arrojaba en medio de la calle, desnudo, cuando el sol dejaba en las cosas y los hombres su primer beso de amor...

Una mañana que como de costumbre haflábbase tendido en el suelo, tan raro individuo vínone en gana, hacerle algunas preguntas y observaciones sobre su original método, y como todo creyente en una verdad, después de unos minutos, desengarzó conceptos de su conciencia, y acompañando el decir con profético ademán, habló:

—Y, bien hermanos, tiempo hace que os tiene intrigados ésta mi práctica diaria, y me explico que tal sucede, porque acostumbrados estáis á vivir abrigados contra el frío, resguardados de los ruidos, y preventidos contra el sol, pero debéis saber qué vuestra excesiva precaución os ha hecho mentirosos y para desgracia mayor vivís tras el broquel del engaño.

Os créis cada uno de vosotros poseedor de un valor, afirmáis en coro haber hallado la verdad justificativa de vuestra usual petulancia, be-

lleza en el hormiguear de vuestras inteligencias, y la verdad, en los actos que hacéis con la precisión de los registradores.

Al llegar á esta parte de su discurso, Ogrami, es interrumpido por parte de los oyentes, que manifiestan su desacuerdo por la hiriente intención de los conceptos, uno de ellos, hombre de edad, bien vestido con el aspecto de un profesor se atreve á más y dice:

Tus consideraciones, Ogrami, revelan una absoluta ignorancia, supones que todos pueden soportar como tú desnudamente las variaciones del tiempo, y los ensordecedores ruidos de la calle, y debes tener en cuenta, que la pasta humana no es una sola sino varia.

—Los oyentes aplauden y Eucarides, serenamente levanta sus brazos, flagela á todos con su mirada y como prosiguiendo un discurso que hubiese sido interrumpido por el aplauso, agrega:

—Cuanto más alto hospedes tu cuerpo, cuanto más encarcelas tus sentidos en el calabozo de una biblioteca, — hagas correr tu imaginación por países y épocas que fueron menos podrás ver tu vida, tu realidad, y por tanto pensarás menos y pantasearás más, porque no cuaja el germe de la especie, en entraña, tinta en azul ó anilina escarlata.

Así en vosotros, no será la verdad en vuestros espíritus mientras el sol no os queme, y el frío no os haga temblar las carnes, por eso ¡hermanos! si el dolor entenebrece vuestros espíritus, y la esperanza de que seréis mejores y más libres no es con vosotros, dad un vuelco á la vida que

Llevéis, descargad las alforjas de cuantas cosas hayáis recogido por el camino.

Porque, á veces, en vuestros lugosos caminares, atravesando senderos que cruzaron peregrinos resignados por la negra miseria de un vivir útil, vuestras manos han de haber recogido el cadáver de alguna ilusión dejada á orillas del camino, y esos ojos que claváis en mí, tal como venenosos puñales, seguro es, que mi-

raron la agonía de una esperanza herida por la inacción de una vida.

Y habrá entonces en vosotros la sana bondad de una madre, y no la de una niñera sin calor de entrañas, y leche de dolor.

—Cuando el extraño personaje terminó de hablar, de los muchos que estaban, quedaron solo un ladrón, una prostituta, y un atorrante; los demás habíanse marchado...»

CARLOS CASARES.

A una aristócrata

Para APOLÓ.

Tienes en el andar suavidades de seda
cuando á mi lado pasas adorable y esquiva,
y tal es el prestigio de tu figura altiva
que suspensa mi alma de tus encantos queda.

Hay en tu breve boca que á través del tul veo,
febriles impaciencias de besos esperados,
que avivan en el fondo de tus ojos rasgados
la llama iridiscente de un pertinaz deseo.

Pasas y un enervante, voluptuoso perfume,
químéricos ensueños dentro del alma siembra
y ante tus formas reales de magestuosa hembra,
mi vida en un espasmo de fiebre se consume...

Mágicos sortilegios de irresistible gracia
hay en la sutileza fugaz de tu sonrisa
cuando tu rostro pálido levemente se irisa
en un furtivo gesto de amable aristocracia.

Aunque sé que no hay nada inmutable y eterno
que resista el conjuro de los hados sombríos,
al pensar que tus ojos ya no buscan los míos
siento el alma más triste que un paisaje de invierno.

Mi alma de pagano ante tí se prosterna,
dócil á los ensueños que la mente conquista,
amándote de lejos, con la unción del artista,
que padece del mal de la Belleza eterna.

JOSÉ VIAÑA

Mármol

Tiene no sé qué extraña omnipotencia.
Es mujer y es alondra,
y parece que fuera hecha de rosas
para amar la existencia.

Mármol ungido por la gracia humana:
tesoro de magníficas Golondras,
la aurora, no lo dudes, es su hermana
y del alma inmortal vive en sus ondas.

ADÁN CANALES.

Galería de poetas jóvenes



CARLOS MARÍA DE VALLEJO

Una pagina inédita de Flaubert
EL ENCUENTRO

Ella tenía la frente blanca—de una blancura de marfil antiguo ó de mármol de Paros bien pulido—frente cuadrada, hecha oval con el auxilio de su negra cabellera, (detrás de la que resplandecía una cinta roja, orlada con dos filetes blancos) lo que aumentaba mucho más la palidez de su rostro.

El blanco de sus ojos era de una blancura extraordinaria; hubiérase dicho que acababa de despertar, que venía de otro mundo, y sin embargo, estaba tranquila y sosegada!

Sus pupilas, de un color negro brillante y casi en relieve á fuerza de ser límpidas, os miraban con serenidad. ¡Y aquellas cejas! cuán negras, cuán finas, cuán ligeramente arqueadas!

Había una gran distancia entre las cejas y los ojos, y eso aumentaba el tamaño de sus párpados y embellecía sus cejas que podían contemplarse separadamente... independiente de los ojos.

Tenía la barba redonda como una manzana; las comisuras de los labios un poco hundidas, y sobre las comisuras una sombra azulada de mostacho.—El conjunto del rostro era redondo.—

Ella se levantó y empezó á andar; pero su andar manifestaba una persona enferma del pecho ó de los riñones. Tal vez estaría convaleciente... Parecía como si la primavera le ocasionala profundo bienestar. Quizás sería su primera salida y se había hecho un poco de tocado.

El guardián pasó delante de ella y abrió la puertecilla que da á la basílica. El anciano—que yo había dejado de ver—la dió la mano para ayudarla á bajar las tres gra-

das que allí hay. Yo permanecí extático en la primera grada vacilando en seguirla...

Después fuimos á ver el claustro, con sus columnas retorcidas taraceadas de mosaico, verdes, doradas y rojas.

Sentí el aire tibio, pues hacía un sol hermosísimo.

Vimos allí menos rosetones que en el claustro de San Juan de Latrán, al cual se asemejaba en todo.—El señor Lacombe preguntó al guardián si conocía aquella dama enferma; el guardián respondió que no.—

Me enseñaron pinturas al fresco, pero no las ví. Al salir de la iglesia, la volví á ver de lejos, sentada sobre un montón de piedras, al lado de los albañiles que trabajaban.

Ya no la volveré á ver jamás! Yo había sentido en la iglesia tentaciones de arrojarme á sus pies... de besar el ruedo de su vestido. Sentí en seguida deseos de pedirla en matrimonio á su padre!

Ya en el coche, pensé proporcionarme su retrato, haciendo venir para ello de París á Ingres ó Lehmann... ¡Si yo fuera rico!

Pensé ir á presentarme á ellos como médico para curarla y magnetizarla. Yo no dudaba que la hubiera magnetizado y que talvez la habría curado.

¡Cuánto no daría yo por tener su cabeza entre mis manos! Por besarla... por besarla en la frente... sí, en la frente...

Si yo hubiera sabido italiano me hubiera dirigido á ella cuando estaba sentada en las piedras...

GUSTAVO FLAUBERT.

La Misa de Oro

Para APOLO.

*Hierofántida triste de cuerpo flaco:
bien te soñé en la pompa de áureo jaez.
Era yo un Cuasimodo, quizá un Esopo;
tú: sublime y satánica como Macbeth...*

*Atavismos astrales tenía tu sangre...
Tus ojos eran gloria como el laurel...
Y tenía tu espíritu como los ángeles
la malvada prosapia de lucifer...*

*Yo te ví en un Acrópolis de Ecbatana,
con estateres de oro y excelso prez;
y en la Corte de Sardes junto á Jenófanes
cantando los exámetros del bardo aquel.*

*Y te supe Faselis cuando Amazona,
al caer de su potro de egregio arnés:
á turbar vino el crimen del rey Astiates,
y á presentir en Ciro el soberbio rey!...*

*Luego en mis fiebres líricas te ví Castálida
y vendimia en las flores de un gran placer;
y en tu cuerpo flacucho vi el plectro de oro
de las liras borrachas de un Cabaret...*

*Hierofántida triste de cuerpo flaco:
bien te soñé en la pompa de áureo jaez...
Era yo un Cuasimodo, quizá un Esopo;
tú: sublime y satánica como Macbeth!...*

José M. de ANGUITA-ZEBALLOS.

1910.

El Destino y mi Alma

Para APOLO.

• Ponte blancas sandalias, la túnica de lino
Y guirnaldas de rosas sobre la cabellera;
Que la voz se confunda con el beso de un trino
Burilado entre el áurea luz de la primavera.

Que sea terciopelo la albura de las manos;
Que los ojos reflejen todo el azul del cielo;
Irás hacia países lejanos, muy lejanos:
Así mí *yo* lo quiere con imperioso anhelo.

Haz vibrar en los cantos los chorros de las fuentes,
Las plantas de los vientos, las quejas de los ríos,
Las selvas agitadas, los béticos torrentes
Que enardecen la ira en sublimes desvíos . . .

Canta todo lo humilde y lo grande. Sé fuerte.
No olvides que la pena el corazón marchita
Y cuando alguien te pinte el horror de la Muerte
Responde que en el mundo quien muere, resucita.

Pronuncia ante los niños palabras de dulzura
Un gesto respetuoso ten para cada anciano
Y al hombre avasallado por profunda amargura
Acérate, sonriele, extiéndele la mano.

Ten para cada cumbre un grito de alegría;
Para los oleajes un saludo fraterno;
En los claros de luna sé la melancolía
Y el dolor en las horas sombrías del invierno.

En tu futura patria no observes las pasiones
Bajas; sé siempre ingenua como has sido hasta ahora
Y engarza en el mosaico de las ensoñaciones
La sombra de la noche y la luz de la aurora . . .

Así hablaron los Sabios eternos del Destino
A mi alma que henchida de espirltual pureza
Hoy desciende de un astro en busca del camino.
Abierto ante el Walhalla de la Eterna Belleza.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

Vida Muerta

Para Pérez y Curis.

En la hora
en la hora del crepúsculo,
á su luz, incierta y pálida,
sobre el camino la sombra de los árboles se alarga
y en el rojo doliente del oceaso,
las nubes se amontonan inflamadas;
poco á poco, en la inmensa extensión de la campiña
los rumores de la tarde
se amortiguan,
se amortiguan y se apagan.

Sosteniéndose uno al otro,
por la senda,
por la senda solitaria
donde amantes y felices cuando jóvenes bajaban,
ella y él,
ella y él, viejos y débiles,
con escuálida andadura se adelantan
y en todo cuanto ven y cuanto escuchan:
el asiento, el nido, las ramas; el rústico banco, todo.
todo:
de muerta vida les habla.

Y caminan
y caminan pensativos,
absortos, la frente baja,
arrullados,
arrullados por memorias tan distantes como gratas.

Ella de pronto vencida
por la emoción que la embarga,
en él, lenta,
los pequeños ojos clava;
y él al sentir las caricias de esas profundas miradas,
con mudo,
con mudo gesto sacude la noble cabeza blanca.

. Entre tanto, allá en el cielo
las aves,
las aves volando pasan . . .

Y en el rojizo dombo del horizonte
se hunde el sol; y con su luz moribunda
á los dos ancianos baña.

C. F. GRANADO G.
Ecuatoriano.

Dos cartas

Amado mío:

Me olvidaste y en mi alma intenso frío
el ave de tu amor dejó al volar;
llegó el invierno y tu cariño ciego
otros climas ardientes fué á buscar.

Tienes razón; las nieblas te hacen daño,
tú cambiarás de clima de año en año...
mas yo te ruego
que cuando el viento tus pulmones quiebre
vengas á mí:
que vivo triste y en mi alcoba aislada
me entretengo aspirando enamorada
el humo del brasero de benjuí;
y pienso en tí...
te espero y tú no llegas,
ya tus caricias por mi mal me niegas,
ya no quieres venir: yo salgo á verte
y no te encuentro en la ventana aquella;
y en lugar del piafar de tu caballo
escucho que va á darme en débil rayo
serenatas de luz alguna estrella ...

Mas yo sé que tu olvido no es eterno,
tú vendrás al pasar el otro invierno;
y mientras vuelve mi ilusión perdida
te beso en sueños con ardiente arrullo
y te comtemplo desde mi alto orgullo,
con la tristeza de una tigre herida...

Amada mía:

Hoy contesto tu carta de aquel día
bajo un vívido palio de arrebol;
en ella dices que el invierno helado
me hizo dejar tu cuerpo idolatrado

por los ojos ardientes de otro sol ;
que cuando el viento mis pulmones quiebre
te busque á tí,
que, como antes, aspiras en tu alcoba,
recostada en tu cama de caoba,
el humo del brasero de benjuí ...

Que vives triste y al balcón te asomas
á ver si arribo á las cercanas lomas,
y no oyés ruido de mis cabalgatas ...
mas qué importa, mi bien, si en débil rayo
— y en lugar del piafar de mi caballo —
va la luna á obsequiarte serenatas ...

Vive feliz ! que yo en mi anhelo santo,
entre las nubes de oloroso acanto,
de tus recuerdos las nostalgias duermo,
soñando con tus besos en murmullo,
al contemplarte desde mi alto orgullo,
con la tristeza de un gorrión enfermo ...

CARLOS H. MARTÍNEZ.

Bibliográficas

NUEVOS LIBROS RECIBIDOS

La Guarida (novela), POR JOSÉ FRANCÉS; *V. Prieto y C.^a editores, Madrid.* — **Corazones locos**, POR BENIGNO VARELA; *Madrid.* — **Horas que pasan (poesías)**, POR ADÁN CANALES, *Tegucigalpa.* — **La boca de la esfinge**, POR WALDO A. INSÚA, *V. Prieto y C.^a editores, Madrid.*

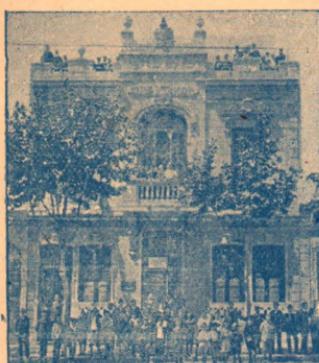
En el próximo número emitiremos juicio sobre esos libros cuyo envío agradecemos.

COLEGIO INTERNACIONAL

Fundado en 1875

Director: J. TOUYA

Montevideo, URUGUAY 419, 421



Comercio y bachillerato. — Clases elementales y superiores. — Pupilos, medios pupilos y externos. — El idioma oficial del colegio es el francés.

Talleres de -

Fotografía y -

Fotograbados

DE

FILLAT Y C.^a

CALLE

CONVENCIÓN, 152

(ALTOS)

Entre 18 de Julio y Colonia

TELÉFONO:

COOPERATIVA, 719

Farmacia BARABINO

Productos químicos. — Especialidades Farmacéuticas. Aguas Minerales. — Perfumerías. Medicamentos Antisépticos. — Preparaciones esterilizadas.

Avenida 18 de Julio, 328

Teléfono: Las dos Compañías

MONTEVIDEO

IMPRENTA Y TIPOGRAFÍA

La Rural

DE

MIGUEL Y F. RAMOS

Calle Florida, 84 y 92

Impresiones de todas clases: diarios, revistas, folletos, notas, tarjetas, etc.

El presente número de APOLÓ se ha impreso en este antiguo y acreditado establecimiento.

Teléf. La Uruguaya, 369 - Central

MONTEVIDEO

SOMBRERERÍA JOCKEY CLUB

DE

ARGERIO Y LENA

Se hacen sombreros de medida. — Gran variedad de artículos para hombres, recibidos directamente por la casa

PRECIOS MÓDICOS

Avenida 18 de Julio, 360

Frente á la Confitería Americana

MONTEVIDEO

ZAPATERIA

GRAN CASA ROSSI

424,

18 de Julio

Luis y Manuel Pérez

Libreria "Mercurio"

SARANDÍ, Núm. 240

OBRAS de Felipe Trigo, Alberto Insúa, Pío Baroja, Benavente, Ricardo León, Eduardo Marquina, Condesa de Pardo Bazán, Francisco Villaespesa, Eduardo Zamacois, Valle Inclán, Rubén Darío, Vargas Vila, Anatole France, G. Martínez Sierra, Guerra Junqueiro, etc., etc.

«Intimidades taurinas y el arte de torrear»

de

Ricardo Torres (BOMBITA)—1 tomo 0.90